

## ¿SUPRESIÓN PAULATINA DEL CELIBATO OBLIGATORIO?

*Allmähliche Aufhebung des Pflichtzölibates?*, Geist und Leben 69 (1996) 67-74

1. *El celibato de Jesús*. La contribución de G. Uríbarri al tema, publicada en este mismo número, provocará reacciones en contra. El autor, que lo prevé, confiesa que se trata de "tanteos titubeantes". Desde la perspectiva neotestamentaria, el celibato voluntario tiene un sentido tan pleno que apenas puede ser infravalorado. El autor piensa ante todo en los religiosos y se guarda de sacar consecuencias precipitadas, por Ej., respecto al nexo jurídico entre ministerio y celibato o respecto a una teología a fondo de la sexualidad. La relación de Jesús con mujeres y su ruptura con el pensamiento genealógico no va más allá.

Cabe lamentar esa reserva. Es comprensible, debido a la falta de una teología de la sexualidad que sea comúnmente aceptada. Pese a los esfuerzos de la teología espiritual, todavía no se ha superado del todo la tendencia neoplatónica hostil a la materia y al cuerpo. Desde esta perspectiva, hay que releer el ensayo de Teilhard de Chardin sobre *La evolución de la castidad*. "La auténtica cristiandad se afirma a este propósito- nunca ha condenado la materia (...). Y vive a la espera de la resurrección. Pero a esa preocupación por el cuerpo se le junta una extraña desconfianza respecto a los bienes de la tierra". La concepción teilhardiana de una síntesis de Dios y mundo caló hondo en el Vaticano II y nos ha de impulsar a encontrar a Dios en todas las cosas y a profundizar en el misterio del amor entre los sexos.

2. *En defensa del celibato obligatorio*. Tomando como punto de partida la exposición crítica de un memorial contra el celibato obligatorio nada menos que de 1828, se ha reeditado (Paderbom, 1993) la obra de J.A. Möhler sobre *El espíritu del celibato*, con un prólogo del editor tan amplio como el escrito del propio autor. Cabe afirmar que es mucho más interesante y estimulante el memorial del siglo pasado que la reedición de la obra de Möhler y sobre todo que el prólogo del editor. El mensaje central del memorial de 1828 puede resumirse diciendo que ambas opciones -la del matrimonio y la del celibato- deben situarse en la Iglesia en plano de igualdad. No se trataría de desvalorizar ninguna de las dos opciones, sino de verlas ambas al nivel sobrenatural.

.Aplicando a la coyuntura actual la postura y los argumentos que se barajan en el memorial de 1828, afirma el autor, pero sobre todo el editor, que dicha postura ha de atribuirse al denominado "espíritu del tiempo", al que -entonces como ahora- hay que oponerse de plano. En el fondo, existiría una confusión entre el orden natural y el sobrenatural, entre la naturaleza y la gracia. Ejemplos de dicha confusión serían: la introducción del diaconado permanente, muchas nuevas vocaciones orientadas al trabajo social, la eliminación del latín como lengua litúrgica, el ir vestidos indistintamente. En *pura lógica* el nexo entre consejos evangélicos y ministerio no sería esencial.

Y, no obstante, podría haber llegado el tiempo de una *necesidad histórica*. La Iglesia bajaría de nivel, si del ministerio se desligasen los consejos evangélicos y el celibato. Sería preferible una Iglesia reducida a la hipocresía de un estado sacerdotal-casado, cuya ambigüedad habría que estar continuamente aclarando. Pero, de lo que el editor no

parece haberse enterado es de que habría que aclarar la ambigüedad de otras muchas cosas, entre ellas del celibato.

Nos encontramos aquí con una tendencia a la polémica. En realidad, lo que importa en este tema es superar la polarización entre las reservas justificadas de los defensores del celibato y los deseos igualmente comprensibles de los contrarios a la vinculación jurídica. Hay que recordar que el nexo jurídico entre ministerio y celibato no puede fundamentarse en el NT. Se opone a ello tanto el antilegalismo de Jesús como la libertad frente a la ley que él posibilitó y que Pablo expresó con fuerza. Por otra parte, huelga decir que el celibato voluntario de los cristianos, y en especial de los que ejercen un ministerio en la Iglesia, no sólo es conveniente, sino que posee un profundo significado. Pero permanece en pie la pregunta: ¿qué consecuencias pueden sacarse para el futuro de los datos neotestamentarios? Debe mantenerse como intuición fundamental: "La radicalidad del seguimiento de Jesús vive de la libertad que él nos alcanza, hasta tal punto que no se puede separar una cosa de la otra" (W. Thüsing).

3. *Relación entre matrimonio y sacerdocio.* Una supresión inmediata y general del celibato obligatorio no parece posible, ni tendría sentido. Pero sí parecerían razonables los presupuestos para que *virī probati* (varones experimentados) pudiesen acceder al ministerio sacerdotal, sin que la Iglesia saliese perjudicada ni sufriese menoscabo la radicalidad del seguimiento de Jesús. ¿O es que resulta estrecha de miras la preocupación que cunde en muchas partes por un compromiso oficial en esta línea?

Para clarificar este punto habría que profundizar en la teología del matrimonio y de la sexualidad, a fin de alcanzar un amplio consenso, acaso en la línea apuntada de Teilhard de Chardin. De lo contrario, en caso de permitir la ordenación de *virī probati*, quedaría la impresión negativa de que esto se hace únicamente por razones prácticas: falta de sacerdotes y necesidades sacramentales de las comunidades. ¿Es que no existe ninguna relación constructiva entre matrimonio y sacerdocio?

Dietmar Mieth ha reflexionado sobre el tema (*Theologische, Quartalschrift*, 172, 1992, 23-35). Éles de la opinión de que hoy se da un cambio en los condicionamientos sociales de la vida concreta del sacerdote que permite aspirar a la intensificación de la existencia sacerdotal y de su eficiencia pastoral, sin acudir al sí del celibato. En matrimonio no existe ya un foso entre el amor terreno y el celeste. Gracias a la eliminación de la hostilidad contra el cuerpo y la integración de la sexualidad, la esperanza escatológica de la resurrección de la carne contribuye a la comprensión del amor del cristiano en este mundo. Seguiría siendo necesaria una "transformación", pero no una ruptura, entre los signos antropológicos que valen y los que no valen para el Reino de Dios. La conocida afirmación de Jesús de que en el cielo no habrá casados (Lc 20,35s y par.) no constituye un argumento en contra. Pues en ella no se trata de corporalidad y sexualidad, sino más bien de una referencia a la provisionalidad de nuestras instituciones terrenas, que, por significativas que sean para la salvación, exigen ser transformadas. En los últimos decenios, la Iglesia habría acentuado una y otra vez el alto cometido del matrimonio cristiano y necesitaría signos del desempeño de ese cometido.

Aunque no deje de ser problemático, se ha señalado a menudo el paralelismo entre los rasgos estructurales antropológicos y escatológicos del celibato y los del matrimonio cristiano. Y se apela a palabras-clave como "espíritu de seguimiento", "disponibilidad", "proximidad al hombre", "libertad y eficacia". Sorprende que Mieth parta del supuesto

de que antes del siglo XX, desde el punto de vista sociológico, el ser casado representaba la excepción y no el ser no-casado. Hoy sería distinto. Y la experiencia de la libertad del sacerdote en los estados totalitarios del Este europeo ha mostrado que allí debía haber sacerdotes casados para proteger la libertad del sacerdote. La sabiduría de esta experiencia no se habría aprovechado suficientemente. Aunque no todas las observaciones de Mieth sean igualmente aplicables al Oeste y al Este, hay que aceptar que los problemas de poner a salvo y a prueba el propio estilo de vida afectan igualmente a un matrimonio de por vida y a un sacerdote célibe. El que quiera aplicar la medida de la perfección a otras formas de vida deberá también pensar en la suya. Se trata siempre de unir moderación y compromiso apasionado.

Los condicionamientos sociales del ministerio sacerdotal se habrían modificado y ya no podrían restablecerse los antiguos presupuestos sobre la duración. Parece, pues, que ha llegado el tiempo de reclamar las posibilidades constructivas de una relación entre matrimonio y sacerdocio. Las dos formas tradicionales de vida común -comunidad celibataria y comunidad matrimonial- son capaces hoy de combinarse de una forma abierta y plural. Así surgirán nuevos elementos fundamentales para salir al paso de la realidad.

Sobre las posibilidades de esa relación constructiva, siguiendo a Mieth, desearía poner de relieve lo siguiente: si según una común convención espiritual, el celibato expresa la universalidad del amor de Dios, el matrimonio, ya en su simbolismo bíblico, expresa la singular intensidad del amor de Dios. Amplitud e intensidad, con su respectiva capacidad simbólica, se necesitan mutuamente para simbolizar la plenitud del amor de Dios. No se trata de una "rebaja" para la existencia sacerdotal futura. Al contrario: el matrimonio sacramental se convertirá cada vez más en signo de una determinada imagen del ser humano en el rompiente del oleaje de la sexualidad instrumental. La Iglesia no puede ya tratar ambiguamente ese signo: una clase preferente para transmitir la fe en el caparazón del recogimiento y una segunda clase para redimir la existencia escatológica del cristiano.

Casi a diario se habla de nuevas condiciones para el acceso a la ordenación sacerdotal, que responda a los datos neotestamentarios y a la situación actual. Sin embargo, hoy muchos -individuos y grupos- desean que esto se realice con tiento y paso a paso. Por esto hay que procurar que permanezca viva en la Iglesia la sensibilidad por el significado cristiano del celibato, para asegurar así la posibilidad psicológica y sociológica del celibato voluntario de los que ejercen un ministerio. Ciertamente que el temor de que, si se quita la obligación, pueda desaparecer el celibato voluntario, no constituye por sí mismo un argumento válido. Pero hay que valorarlo adecuadamente en la situación concreta de un ambiente sexualizado. En la ordenación de varones que se han acreditado en su vida matrimonial, hay que contar con las circunstancias de cada Iglesia local. Deberían producirse presupuestos muy pensados que excluyesen lo más posible un "efecto de shock", temido por muchos, en los restantes candidatos al sacerdocio. Finalmente habría que dejar claro si y cómo podrían volver a acceder al ejercicio del ministerio los sacerdotes que lo abandonaron (¡sólo!) por la obligación del celibato.

4. *Falta de sacerdotes.* Entretanto decrece el número de sacerdotes. Sólo en Europa hay 10.000 parroquias sin sacerdote. En cambio, el número de laicos que, de hecho, dirigen una comunidad aumenta constantemente. ¿A dónde ha de conducir esto? El estudio de J. Kerkhofs/P. Zulehner con el significativo título *Europa sin sacerdotes*, nos brinda una

respuesta. Es indiscutible que la idea de ordenar *virī probatī* tiene ventajas, pero también inconvenientes. Tampoco es seguro que el número de candidatos de ese modelo haya de aumentar mucho. El problema entonces se hace más acuciante. O se rechazan de una vez los "sacerdotes casados", con riesgo para la estructura sacramental de la Iglesia, pero con ventajas para resolver una posible crisis de identidad tanto en los sacerdotes como en los laicos, o se revisa la praxis actual y se ordenan a varones casados con todas sus consecuencias. Este dilema tiene algo de dramático. Es claro que una eventual ordenación sacerdotal de mujeres (celibatarias), que muchos verían mejor que la de varones casados, tendrían implicaciones a nivel mundial, a las que sólo un concilio ecuménico podría hacer frente. No obstante, es un hecho que muchas religiosas no entienden por qué, para celebrar válidamente la eucaristía, están obligadas a aceptar que la presida. un sacerdote varón, sobrecargado de trabajo por la falta de sacerdotes. Al fin y al cabo, hay numerosas religiosas con título en teología y que se han acreditado en la pastoral. ¿Constituye la falta de sacerdotes el problema fundamental? ¿No es más profundo el que se ha dado en llamar "falta de comunidad"? Las medidas estructurales pueden solventar, de algún modo, la falta de personal. Pero la cosa apenas si cambiaría. Incluso la asignación de colaboradores altamente cualificados que asumiesen tareas que desarrollan los sacerdotes no inyectaría, sin más, nueva vida en las comunidades y, por el contrario, "bloquearía" los carismas de los colaboradores voluntarios. Incluso se abre la pregunta: si de nuevo hubiese suficientes sacerdotes celibatarios, ¿qué sería de los nuevos caminos ensayados los últimos decenios?

De ahí que el estudio que comentamos desemboque en una arenga serena, pero llena de esperanza: "Hay que estimular la creatividad de las comunidades. Los fieles han de ser conscientes de la ventaja de ser tratados como libres y la Iglesia oficial debe animarnos a ello con decisiones concretas. Sólo así, con un lenguaje y unos símbolos nuevos, de acuerdo con la forma cultural postmoderna, pueden acoger el Evangelio". El estudio cuenta con que no todos los obispos estarán contentos con esa evolución de las cosas. Otros, por el contrario, se esforzarán por incorporar en el derecho eclesiástico aquella evolución que se adelanta a las posibilidades actuales. Dentro de un marco realístico ésta sería una exigencia de los responsables de la Iglesia.

5. *Reflexiones finales.* Durante veinte años he sido consejero espiritual en distintos Seminarios mayores. Esto me permite hacer algunas consideraciones que, no por conocidas, han de dejar de ser sopesadas. Como incluso muchos obispos aceptan, no son pocos los candidatos al sacerdocio, aptísimos para la cura de almas, que no se ordenan por razón del celibato obligatorio. ¿Puede la Iglesia renunciar, sin mas, a esos refuerzos? ¿No debería preguntarse qué es lo que quiere decirnos Dios hoy con esas vocaciones? La respuesta que hasta ahora se ha dado no parece haber agotado las posibilidades que tenemos a mano. Tengo la impresión de que la formación espiritual de los agentes de pastoral laicos no se ha cuidado como la de los seminaristas. Y esto despierta en ellos la sospecha de que sólo se les considera como comprometidos a medias.

Respecto a la obligación del celibato no faltan ni literatura teórica ni orientaciones prácticas. Pero la praxis sigue siendo problemática. El estudio de la teología es tan exigente y rico de contenido que apenas queda tiempo para la necesaria profundización en la vocación personal al celibato, que permita a los candidatos hacerse con aquella espiritualidad de los consejos evangélicos que han de vivir existencialmente.

En la comunidad a la que es enviado, el novel sacerdote se encuentra a menudo con un clima que cuestiona su celibato. Halla malas inteligencias e incluso incomprensión. Llega a conocer colegas que abandonan el ministerio sobre todo por el celibato o que no viven a gusto con él o que incluso éste parece "estorbarles". Tienen toda la impresión de que se ha descuidado demasiado explicar a las comunidades el significado de los consejos evangélicos. Se desconoce el sentido de la vida religiosa. Es justamente al comienzo de la vida sacerdotal cuando se necesita algo así como una *vita communis* que aliente su vocación y contribuya a su forma de vida celibataria. En cambio, en muchos casos se encuentra con que es él quien primero tiene que defenderla y luego organizarla en el concreto día a día.

Por consiguiente, cuando una comunidad desea un sacerdote que viva célibe, ha de dar el correspondiente giro a sus ideas y crear una atmósfera apta para que ese tipo de vida pueda mas principales que hoy ha de plantearse la Iglesia católica romana es justamente si esa difícil y compleja tarea sólo puede resolverse con una reafirmación del celibato obligatorio o si no resultaría mejor solución permitir la ordenación de sacerdotes casados (como sucede en la Iglesia oriental-católica). ¿Por qué no aceptar ambas formas de vida para los ministerios en la Iglesia, para mostrar más claramente todavía que ambas pertenecen a su esencia? Y esto, evidentemente, sin señalar cuotas, ¡únicamente con la confianza puesta en el Espíritu de Dios!

**Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA**